

## ÍNDICE

10.- NUBES EN LOS ZAPATOS – Ernesto Tubía Landeras (Relato ganador)	5
12.- HAN CRECIDO LOS CASTAÑOS – Juan Ignacio Ferrándiz Avellano (Accésit)	13
29.- LAS LECCIONES DE DON CUCUFATE – Gontran Chafer Reig (Accésit)	21



El jurado del *IV Premio literario “Berceo lee a Gonzalo”*, reunido el 7 de abril de 2022 y formado por Marina Hidalgo, Almudena Martínez, Jesús Martínez, Emiliano Navas y Roberto Rodríguez ha decidido otorgar el premio al relato titulado

***Nubes en los zapatos,***

de Ernesto Tubía Landeras,

por la calidad literaria del relato, implicándose el autor en el tema del Premio, la escuela rural, relacionándolo además con el feminismo, la libertad y la igualdad.

Berceo, 24 de abril de 2022

La Presidenta de la Asociación Cultural Gonzalo de Berceo

El Alcalde de Berceo

Jurado del Premio:

Marina Hidalgo, Almudena Martínez, Jesús Martínez, Emiliano Navas y Roberto Rodríguez



## **10.- NUBES EN LOS ZAPATOS – Ernesto Tubía Landeras (Relato ganador)**

Al pasar la niñez en un pequeño pueblo donde casi nada trasciende de lo cotidiano sueñas con desertar del tedio, con alcanzar esa edad en la que, tras ese confuso paso por la pubertad, puedas abrir las alas y volar hacia un destino mucho más amplio que el que ha condicionado tu vida hasta ese momento. Yo lo conseguí; batí las alas y supe orientar mi futuro hacia donde debía. Y, sin ningún lugar a dudas, la persona a la que se lo debo fue a la Srta. Cristina, la profesora que, allí por 1980, se hizo cargo de la escuela de Rincón del Glera, el pequeño pueblo, escenario de toda mi infancia y buena parte de mi adolescencia.

Nadie en el pueblo comprendía ni cómo una joven preparada y ecléctica como la señorita Cristina había decidido hacerse cargo de una escuela tan minúscula como la de Rincón, ni cómo había podido llegar al pueblo de la mano de Samuel. Pero así se dieron ambas cosas.

Samuel era el carpintero del pueblo, un tipo desagradable al trato, poco agraciado físicamente, proclive a la embriaguez y a pasar horas en los lupanares de la nacional que llevaba hasta la capital, donde dilapidaba buena parte de lo que ganaba en su serrería. Cuando, después de un año trabajando en Soria, regresó desposado con Cristina, nadie en el pueblo daba crédito a lo sucedido, para que un malaje como él hubiera podido encandilar a una persona afable, hermosa y agradable, como era mi profesora.

Además, en el preciso instante en que Cristina puso los pies en Rincón del Glera se hizo cargo de la escuela, para alivio de don Basilio, que sobrepasada la edad de jubilación llevaba dos años procrastinando su merecido descanso sin relevo que quisiera hacerse cargo de una escuela tan insignificante como era la de Rincón. Hecho que hizo que pronto se la tomase el cariño del que su marido jamás había gozado.

Con apenas una docena de niños en edad escolar en el pueblo, el colegio se componía de una sola aula en la que todos los alumnos, ya tuvieran siete o trece años, daban clase a la vez, en una suerte de método Montessori, que en aquella época y escuela no pasaba de ser una falta de recursos y, principalmente, de alumnos. Así, la señorita Cristina, lo mismo enseñaba a silabear a un alumno de seis años, que los poemas de Bécquer a otro que estuviera a punto de dar el salto al instituto. Igual inculcaba cómo sumar con llevadas sin emplear los dedos, que el teorema de Ruffini. Y

todo ello, cada una de las enseñanzas que nos inoculaba, las aplicaba con una sonrisa en los labios y electricidad en la mirada... al menos así fue durante los primeros años.

Cuando llegó al pueblo yo tenía nueve años, muchos pájaros en la cabeza y nubes en las suelas de los zapatos. Vivía ese pretérito imperfecto por el que se ha de transitar si se quiere alcanzar un futuro prometedor, y la llegada de Cristina, después de haber tenido como profesor a don Basilio, buen hombre, pero de dogmas arcaicos, fue un soplo de aire fresco. A pesar de que la mayor parte de su exiguo alumnado éramos demasiado jóvenes como para comprender ciertos aspectos de la vida, ella fue la primera en explicarnos el significado y origen de palabras como «Feminismo» o «Igualdad». Términos y enseñanzas que cayeron como una losa en muchos de los hogares de Rincón, poco acostumbrados a que los cimientos misóginos erigidos sobre doctrinas atávicas se tambalearan con las novedosas corrientes que traía una persona activa y enérgica, como era la nueva profesora de la escuela.

Yo vivía enamorada de ella. Cada movimiento de manos, cada ademán de cabeza, cada mirada o sonrisa de Cristina, suponía para mí un ejercicio de imitación al que aferrarme para convertirme en una mujer como ella. Cuando la veía caminar por el pueblo, con sus vestidos ligeros o camisetas de grupos como The Clash o The Beatles, paseando junto a mujeres de delantal con chorretones de aceite, pañuelo en la cabeza o lutos eternos, comprendía que el futuro del género femenino estaba en manos de mujeres como ella. Hecho, este último, que ella, en clase, negaba, pues afirmaba que no, que en realidad el futuro de la mujer estaba en manos de nosotros, de los niños que un día formaríamos la base sobre la que se alzaría toda la sociedad.

Por ese mismo motivo, por ser una persona de convicciones y determinación tan firmes, me costó comprender el motivo por el que su vida fue declinando, en la misma medida que se empeñaba en que la nuestra alzase el vuelo.

Al principio los cambios resultaban imperceptibles salvo para quienes, como yo, vivíamos admirándola en toda su extensión: las miradas resultaban más esquivas, los silencios en clase más prolongados, sus paseos por la vereda del río a horas más intempestivas...pequeñas cosas.

Ya, en aquel momento, mucho se hablaba de la forma de ser de Samuel. En su mocedad era de carácter vocinglero, dado al exabrupto y a solucionar con los puños lo que el alcohol y el exceso de calumniosa verborrea convertían en problemas. Para un hombre como él, tener a una esposa bella, culta y simpática, debía amalgamar un cardumen de

conflictos internos. Hasta un mastuerzo como él tenía que comprender que eran la pareja más ilógica jamás conocida. Por lo que, a una personalidad tendente a la agresividad se le sumó la siempre mal consejera sazón de los celos.

Yo, que viví en primera persona el descenso a los infiernos de Cristina, solo puedo describir aquellos años como la viva imagen de la decadencia. Ella, una mujer que irradiaba alegría e independencia, y que tanto empeño ponía en la escuela, para que las mujeres en ciernes forjáramos un carácter independiente, que no precisara de un hombre para sentirnos realizadas, personal y profesionalmente, se iba hundiendo en el cieno de una relación que la estaba consumiendo, física y emocionalmente.

Incluso su vestimenta cambió y paulatinamente fue dejando relegadas en el fondo del cajón sus faldas cortas, sus botas y sus camisetas de tirantes y de grupos de rock, para vestir rebecas de punto, vestidos hasta los tobillos y blusas de manga larga. Cualquier prenda que resultase válida para velar los derrelictos que el naufragio de un matrimonio que hacía aguas dejaba tras de sí, en forma de morados y pequeñas —a veces no tan pequeñas— heridas.

Durante aquella crecí teniendo a aquella profesora de escuela de pueblo como referente y, en el mismo momento en el que fui consciente de su situación y de cómo cambiaba su vida en el instante en que salía de la escuela, para regresar al bátrato de su hogar, me juré que jamás dejaría que mi vida tomase el mismo derrotero que la de Cristina.

Cada fin de curso, tal era mi pasión por la profesora que daba cuerda a mi enseñanza en el pueblo e impulso a mi azaroso paso por la vida, primero infantil y más tarde pubescente, el último día de clase nos sentábamos frente a la ventana que daba a la carretera que salía del pueblo y hablábamos sobre mis sueños. Aunque, en realidad, puede afirmarse que era yo la que parloteaba como una cotorra, y ella, siempre sonriendo, aunque en los últimos años su sonrisa demudara en una mueca melancólica, asentía y añadía pequeñas frases motivacionales para aumentar mi efervescente ansia por volar hasta allí donde pudiera seguir creciendo interiormente.

Y mientras yo crecía, ella se aovillaba. Mientras yo me iba convirtiendo en una pequeña mujercita, llena de proyectos de futuro, ella se iba consumiendo como un cigarrillo olvidado en el cenicero, acumulando ceniza; ceniza gris sobre los hombros que una vez se desnudaron para mostrarse al mundo como lo que un día fue, una mujer libre y soñadora, luchadora y alegre.

Con el paso de los años, en el colegio, aunque fuera siguiera ocultando todo con gafas oscuras o mangas largas, comenzó a no disimular los estragos de la vida con el inefable Samuel. Nos daba clase con los ojos renegridos, con las muñecas decoradas por brazaletes amoratados, sonreía dolorosamente con los labios quebrados y lloraba, aunque no lo hiciera a lágrima viva, lloraba. Lloraba mientras nos pasaba la lección, mientras se sentaba a nuestro lado para darnos detalle sobre algún tema, mientras nos abrazaba en el recreo, cuando nos entregaba las notas del último examen o reprendía por alguna falta de atención. Lloraba. Lloraba todo el tiempo. Y yo, que era una de sus alumnas más aplicadas aprendí con los primeros llantos la lección que la señorita Cristina nos quería impartir dejando que contemplásemos su amargura en forma de lágrimas. Si nos dejaba verla de ese modo, sumida en ese mismo llanto que ocultaba a los adultos en el pueblo, era porque quería mostrarnos, sobre todo a las pequeñas mujeres, a qué no debíamos llegar, en qué no debíamos convertirnos. Y para ello, lloraba. Un día tras otro. Un curso tras otro. Un año tras otro. Y con cada lágrima se me abría una herida en el corazón; una de esas para las que no hay sutura posible. O al menos eso creí yo al principio.

Porque todo cambió el año en que cumplí catorce años y faltaban dos meses para que concluyese octavo de EGB, momento en que finalizaría mi etapa colegial y continuaría mis estudios de bachillerato en la capital. Toda vez mis padres habían acordado con mis tíos, dueños de una ferretería que, a cambio de mi labor como secretaria para llevar las cuentas del establecimiento al día, me facilitarían una cama en el altillo y dos comidas diarias.

Y el hecho que volteó la vida por completo de Cristina y llenó —para qué negarlo— de alivio la convivencia en el pueblo, fue la repentina muerte de Samuel en la serrería. Muchas veces se había hablado de la poca conveniencia de que trabajara solo en un empleo tan peligroso como el suyo. Muchas sierras, alguna cinta transportadora, muchos kilos de madera de un lado a otro. Quién le iba a decir al infame Samuel que, al final, lo que acabaría con su triste existencia serían varias pilas de tablones de quince centímetros de espesor, que se le vinieron encima.

Se dijo que fueron los topes de metal que no aguantaron el peso y por eso cedieron. Se dijo que fue una sobreelevación de los tablones por encima de los topes lo que provocó el derrumbe. Se dijo que los tornillos de los topes estaban flojos por el descuido con el



que afrontaba Samuel todo lo referente a sus labores. Sea como fuere, tres toneladas y media de tablones acabaron de un plumazo con Samuel Valbuena y con la penitencia de su esposa.

La metamorfosis de Cristina fue instantánea y hermosa. Contemplarla fue como sentarse frente a la rama de un olivo, esperando ver surgir una mariposa que emerge de la crisálida que el gusano formó entre la coyuntura de la rama y el tronco del árbol. Mientras los morados perdían consistencia, las heridas cerraban y su alma recobraba la independencia robada, la luz y la vitalidad renacieron en ella.

Fue entonces, pasadas dos semanas desde las breves y poco concurridas exequias de Samuel, cuando supimos que Cristina había puesto la serrería y la casa en venta, y que se marcharía de Rincón del Glera al finalizar el curso, justo en el momento en que yo también lo haría para prolongar mis estudios en la capital.

El último día de clase, cumpliendo con nuestra puntual liturgia de cada fin de curso, una vez que el resto de alumnos —apenas diez— se marcharon para sus respectivas casas con el boletín de notas en la mano, ambas nos colocamos frente a la ventana y miramos la carretera que salía del pueblo. Asemejaba uno de esos caminos, solo de ida, que no llevan sino a un futuro donde la bruma la disipa la determinación propia y no los deseos ajenos. Un pretérito imperfecto en busca de un futuro simple; el que una decide tomar en consecuencia con sus propios deseos.

—¿Ya sabes qué serás en el futuro? —me preguntó con la voz delicada, como tejida en seda, que la caracterizaba.

Asentí con la cabeza.

—Seré Laura Azofra. Todo lo demás es relativo, ya lo iré decidiendo sobre la marcha. Eso es lo que nos has enseñado aquí, ¿verdad? Que seamos lo que nosotras queramos ser. Sin peros, sin porqués, sin condicionantes y mucho menos machunos, que nos digan el dónde y el cómo —enumeré con determinación, sin dejar de mirar por la ventana hacia aquella carretera, convertida en metáfora.

Cristina se inclinó, me besó en la frente y se marchó del aula, dejándome allí, en silencio. No añadió ni una sola palabra, supongo que comprendió que poco más podía enseñarme. Había aprendido todo cuanto ella necesitaba que aprendiera.

Desde aquel momento han pasado treinta años y sigo mirando por la misma ventana, por la de la escuela de Rincón del Glera, que se mantiene abierta de milagro,

gracias a la inmigración y la adopción de los niños de los pueblos y pedanías aledañas. Después de mi paso por el bachillerato decidí que sería profesora en el medio rural, pues era el lugar donde las mujeres en ciernes, como aquella que yo fui, necesitan referentes como la Srta. Cristina, como la mujer que yo soñaba llegar a ser. Así que me formé, oposité y, entre la numerosa mixtura de elecciones posibles que podía tomar como destino elegí mi propio pueblo. Y ahora, cada fin de curso, miro por la ventana de la escuela y le doy las gracias a Cristina por mostrarme el camino. Y lo hago mientras me paso de mano en mano el amuleto que me ha acompañado desde hace treinta años y que me ha mostrado, con su simple presencia, todo lo que jamás dejaría entrar en mi vida. Un amuleto que ejemplifica mi propia libertad y el modo en el que tuve la oportunidad de recompensar a Cristina por lo que hizo por mí, mostrándole, a pesar de que yo era la alumna y ella la profesora, cuál era su camino de ida. A veces, cuando sé que estoy sola, abro el saquito en el que guardó mi amuleto y dejo caer en mis manos los tornillos de los topes de la serrería. Los mismos tornillos que yo extraje de la base de los topes que cedieron hace treinta años, liberando a una mujer que era mi referente, y convirtiendo, tal y como ambas precisábamos, un pretérito imperfecto en dos mujeres libres con nubes en los zapatos.

El jurado del *IV Premio literario “Berceo lee a Gonzalo”*, reunido el 7 de abril de 2022 y formado por Marina Hidalgo, Almudena Martínez, Jesús Martínez, Emiliano Navas y Roberto Rodríguez ha decidido otorgar un accésit al relato titulado

***Han crecido los castaños,***

de Juan Ignacio Ferrándiz Avellano,

Berceo, 24 de abril de 2022

La Presidenta de la Asociación Cultural Gonzalo de Berceo

El Alcalde de Berceo

Jurado del Premio:

Marina Hidalgo, Almudena Martínez, Jesús Martínez, Emiliano Navas y Roberto Rodríguez



## **12.- HAN CRECIDO LOS CASTAÑOS – Juan Ignacio Ferrándiz Avellano (Accésit)**

Un viaje así, con su edad. Después de tantos años. Nada menos que cuatro horas desde Madrid y los últimos kilómetros subiendo y bajando por una carretera sinuosa. Atravesando pueblos vacíos, con la sensación de tiempo detenido. Ancianos que caminan con un cubo por el arcén y miran pasar el coche con extrañeza. Vacas dispersas por los montes ramoneando y alzando la cabeza a su paso. Felipe, su hijo, imagino que le sonreía. Ese señor calvo, un poco pasado de peso con su barba moteada por las canas que no hace tanto se sentaba en sus piernas para recitarle el soniquete de la tabla del siete. Tenía cincuenta, mal llevados. Él se había empeñado en volver con esa característica tan suya de fraguar planes imposibles con los que entusiasmarse. Dios mío, cómo se da la vuelta la vida.

Apenas hacía un mes que don Ricardo se había caído en casa duchándose. No podía levantarse del suelo por el dolor. Como pudo, se arrastró dejando una huella húmeda por el pasillo como un caracol, hasta que llegó al salón y en un escorzo consiguió erguirse y alcanzar el teléfono móvil de números grandes que le había regalado su hijo por Navidad. Felipe se presentó al rato, lo levantó, lo vistió y lo llevó a Urgencias. Sus viejos huesos resistieron de milagro. Nada roto. Un hematoma que con los días se fue expandiendo y cambiando de color en difusos cromatismos.

—Papá, esto ya no puede ser —le dijo un fin de semana que fue a visitarle a casa —Ya no estás para vivir solo. Son ochenta años y eres lo suficientemente inteligente como para saber que lo de la caída fue un gran susto, pero mañana puede ser otra cosa. Además, hacerte la comida, comprar, ir al médico... Son muchas cosas importantes para las que necesitas ayuda.

Cómo se da la vuelta la vida.

Los papeles para la residencia aún se prolongaron por unos meses, pero don Ricardo sentía el peso del fin. Un final adelantado. Por supuesto, no le faltaría de nada: buena alimentación, medicinas, compañía... Pero tendría que decir adiós a sus libros, a las fotos, a su viejo sofá, al sol de invierno que se colaba por la ventana mientras él se asomaba para ver el tránsito de gente por las calles. Sin embargo, lo asumió. Había tenido antes varias muertes, en realidad. La peor, cuando murió Margarita de aquel cáncer de mama, que le dejó para siempre la soledad. Cuando ella vivía nunca estaba solo. Incluso en los últimos meses, con la muerte ya próxima, en los que sentía nostalgia de lo que aún no había perdido, podía sentir su mirada en la habitación a oscuras.

Durmiendo, juntaban sus pies debajo de las sábanas y se encontraban en el sueño. Ahora, hasta cuando miraba la luna por las noches desde la ventana le parecía distinta, como vacía.

Antes, además, había tenido otra muerte, cuando cerraron la escuela en Barcenilla, después de treinta años de maestro. Nada más terminar Magisterio siendo todavía un pipiolo fue allí pensando que sería una etapa, algo provisional, el peaje que tenía que pagar un joven soltero en su primer destino. Pensaba en su primer sueldo, en la distancia a algún otro lugar más grande desde aquel pueblecito recóndito donde poder hacer la vida de verdad: un par de años y de vuelta a Madrid. Pero el futuro siempre tiene otros planes. Y en Barcenilla encontró el cariño de la gente, su reconocimiento, su agradecimiento. Fue importante, desde el principio. Y descubrió su profesión. Las escuelas estaban en una meseta en las afueras del pueblo: una casona de piedra reconvertida, de grandes ventanales, con pupitres de madera oscura y una larguísima pizarra llena de grietas por los años. Niños y niñas de distintas edades se levantaban de sus asientos cuando él entraba en la gran estancia habilitada como aula y lo saludaban. Habían llegado en bicicleta por una estrecha calleja entre muros de medianería: en tiempo frío, embarrada; en tiempo caliente, polvorienta. Con el buen tiempo el sol entraba a raudales por las ventanas y a todos les hacía guiñar los ojos. Por eso, un buen día, después de clase organizó una cuadrilla con los propios niños y plantaron unos castaños alineados al este. Él se había hecho con los cepellones. Cuando terminaron, Raúl, el de Fuentevacas, dijo:

—Pero son muy pequeños. Con esto seguirá molestando el sol.

Y don Ricardo puso la mano sobre su cabeza y le contestó:

—Siempre habrá sol, siempre habrá niños y siempre habrá escuelas y algún día, los castaños crecerán.

Fue el primer maestro que no pegaba con la regla en la mano, el primero que no gritaba, que sonreía, el primero que iba a la casa del niño que había faltado para ver qué le pasaba, que jugaba con ellos en el recreo, el primero que separaba de su estrado en invierno la descacharrada estufa y la arrimaba lo más posible a los alumnos para que no pasaran frío. Pero, sobre todo, fue el primero que les contó quién era Arquímedes, de dónde salía el carbón o por qué no estaba tan loco Don Quijote. El que generó en sus ánimos infantiles amor por el conocimiento.

—Antes de entrar en la residencia me gustaría volver a Barcenilla —dijo a su hijo una tarde sentado aún en el sofá del salón.

—Es un viaje muy largo papá. Después de tanto tiempo allí ya no verás a nadie de aquellos años —le opuso Felipe con ternura, queriendo evitarle un sufrimiento.

—Es casi lo último que ya me queda por hacer. Por favor, no me lo niegues.

Y, claro, Felipe accedió. Barcenilla era el paraíso de su recuerdo, donde sentía que más había aportado como ser humano. Allí estuvo tres décadas, conoció a Margarita, tuvieron a su hijo y donde fue más respetado que en ningún otro lugar en su vida. Todo el pueblo le quería. Le saludaban con veneración por la calle, le llevaban legumbres, patatas, frutas, lo mejor que obtenían de su tierra, agradecidos. Mientras generaciones de niños iban creciendo y cada vez más buscaban su futuro fuera, dejando la huerta y los animales a sus padres, que mermaban sus fuerzas orgullosos de ver que sus hijos salían adelante.

Cuando el coche entró en el pueblo después del largo viaje, don Ricardo miraba cada casa y, más allá de los tejados caídos, de las ventanas clausuradas, veía en su mente bullir la vida de cada familia que conoció. Aquel que cogió la polio. El otro que cantaba en misa. La mujer del eterno delantal de flores. La casa del médico. Los dos gemelos que recorrían el trayecto hasta la escuela montados en una sola bicicleta. Cuando llegaron al ayuntamiento, aún era pronto para comer. Pudieron hablar con el alcalde. Un hombre de unos sesenta años de frente arrugada y pequeños ojos vivos.

—Yo he oído hablar de usted, don Ricardo. En realidad es mi mujer la que nació aquí. Yo me vine a vivir cuando nos casamos y ahora, ya ve, soy el alcalde. Los chicos de su época emigraron. Aquí quedan cuatro viejos.

Y, de pronto, recordó aquel día fatídico, tan lejano en el tiempo, en que le llamaron por teléfono.

—Recibirás una carta del ministerio. Se cierra la escuela en junio, al terminar el curso. Son solo cinco niños y no se justifica el gasto.

Y con esa llamada sintió claramente cómo algo moría entonces en su alma, pero también cómo Barcenilla agonizaba. Porque un pueblo sin escuela no puede vivir. Tantas veces había defendido ante aquellos chupatintas que debía mantenerse. Tantas promesas coaguladas por aquella gente que no entendía, que cambiaba el mundo de un día para otro arbitrariamente desde sus despachos. Fueron días duros. Decirle a tu mujer y a tu hijo que dejaban su casa, su pueblo. El traslado. Pero con todo, el peor día fue cuando trancó por última vez la puerta de las escuelas y dejó la llave en el ayuntamiento sintiendo que el empeño de su vida, lo mejor de su talento, acababa, como una tarea inacabada, como un esfuerzo baldío.

—Claro que pueden acercarse hasta las escuelas, pero no se lo aconsejo. El camino está muy mal y las últimas lluvias han dejado la calleja intransitable. Tendrán que andar entre el barro.

Pero don Ricardo no había llegado allí desde Madrid para arredrarse. Como pudieron, se abrieron paso por la calleja, esquivando zarzas y ortigas, escogiendo sus pasos sobre el terreno encharcado. Cuando llegaron, vieron el viejo edificio con los cristales rotos, con los bardales penetrando por sus intersticios. El propio Felipe se quedó compungido. También había sido su escuela: donde se unían todos los amigos. Tal vez lo más parecido a un monumento que había tenido Barcenilla, un pueblo de gente humilde pendiente de sus cosechas durante generaciones, de animales tranquilos, de una iglesia antigua siempre con cosas que arreglar. Sin embargo, don Ricardo estaba contento. Contento, no, feliz. Dicen que le dijo al propio Felipe:

—Mira hijo, han crecido los castaños. Ya darán sombra en clase cuando haga sol.

Todo esto me lo contó así el propio Felipe. Y yo sé por qué estaba contento don Ricardo. Porque en el fondo pensaba que alguien podría arreglar las escuelas un día. Si estaban rotas las ventanas, se repararían. Se segaría la maleza. Se adecentaría el camino de acceso. Siempre habrá sol, siempre habrá niños y siempre habrá escuelas y los castaños habían crecido. Es cierto que él no viviría para verlo, pero la historia del hombre es una continua ida y vuelta y todo volverá a cambiar.

O, tal vez, no era más que su locura.

La distancia y las vicisitudes de la vida no consiguieron nunca romper los viejos lazos de la escuela a Felipe y a mí. Nos fuimos del pueblo: él a Madrid y yo a Zaragoza. Vivimos bien y los dos tenemos hijos que ya se han hecho mayores y tienen sus propias familias. Hablamos por Navidad y ahora con el móvil, nos comunicamos de vez en cuando. Hace unos meses me llamó llorando. Don Ricardo, su padre, había fallecido. Por la noche, en silencio, apareció muerto en su cama de la residencia.

Su muerte no ha sido cualquier cosa. De alguna forma misteriosa se corrió la voz y pronto lo supimos todos. Ya no estábamos en Barcenilla, pero, como cuando vivíamos allí, las malas noticias viajaban a una velocidad vertiginosa y eran conocidas inmediatamente. Y después de años de olvido, de pronto, su muerte nos alarmó a todos y nos hizo ponernos en contacto. Me llamó Joaquín, abogado en Guecho. Cristina, médico en Aranda de Duero, me mandó un mensaje casi el mismo día. Lolín, funcionario de prisiones en Vitoria, Lucía, la niña de las trenzas que tanto me gustaba,



en una multinacional en Barcelona, Berto, con un negocio de exportaciones en Valencia, Marisina, funcionaria en Logroño... De repente, todos nos sentimos tristes, hundidos. Don Ricardo representaba algo de lo mejor que teníamos cada uno dentro, de lo que con nuestras limitaciones habíamos procurado transmitir por imitación a nuestros propios hijos. Y su muerte puso a Barcenilla de nuevo en el mapa, en el centro de nuestras vidas. Nuestra cuna y la de nuestros antepasados, el lugar que amábamos y del que la vida nos había alejado.

Quedamos todos para hacer allí un funeral. Para darle una última despedida a don Ricardo. Como en los viejos tiempos, la iglesia se abarrotó. Vino gente de todos los sitios. Hubo quien trajo a sus propios hijos. De paso, algunos abrieron sus casas semiderruidas. Desbrozaron las entradas, ventilaron las habitaciones. El pueblo pareció tener vida de nuevo.

Es un poco insensato decirlo, pero ahora hay una tenue esperanza. Hemos creado una asociación. Cuando discutíamos por el nombre que ponerle alguien lo apuntó y todos estuvimos de acuerdo: "Asociación don Ricardo". También tenemos un grupo de whatsapp. Hemos quedado este verano en juntarnos de nuevo. Queremos adecentar las viejas escuelas.

Nos une Barcenilla, pero también una deuda impagada con don Ricardo, el hombre que desde el cariño nos hizo personas, nos dio futuro, nos hizo amar el saber. Murió y nunca escuchó de nuestras bocas el agradecimiento que todos le profesábamos. La vida es así de injusta.

Nos queda su recuerdo pero, sobre todo, el ejemplo que nos mueve cada día, que condiciona involuntariamente nuestra conducta. Y ahora también estas palabras que si no escribo, reviento. Las palabras de un maestro, como él.

De un maestro que siguió sus pasos guiado por su modelo y que siempre será su alumno.



El jurado del *IV Premio literario “Berceo lee a Gonzalo”*, reunido el 7 de abril de 2022 y formado por Marina Hidalgo, Almudena Martínez, Jesús Martínez, Emiliano Navas y Roberto Rodríguez ha decidido otorgar un accésit al relato titulado

***Las lecciones de Don Cucufate,***

de Gontran Chafer Reig,

Berceo, 24 de abril de 2022

La Presidenta de la Asociación Cultural Gonzalo de Berceo

El Alcalde de Berceo

Jurado del Premio:

Marina Hidalgo, Almudena Martínez, Jesús Martínez, Emiliano Navas y Roberto Rodríguez



## **29.- LAS LECCIONES DE DON CUCUFATE – Gontran Chafer Reig (Accésit)**

La aldea de Los Arroyos había ido despoblándose tan aceleradamente que incluso algunos de los riachuelos que le daban nombre parecían haber emigrado a lejanos cauces, hasta el punto de que el río principal, llamado Celeste, vio descender sus aguas hasta el nivel de los Tobillos, que así era como los lugareños bautizaron a dos piedras gemelas que vivían en el fondo y que sólo salían a ver la luz en épocas de escasas nieves.

Pero el peligro de abandono ya había pasado. La población, estancada, rondaba desde hacía años los cuarenta habitantes, eso sí, todos ellos viejos o jóvenes envejecidos por el duro clima de montaña y las rudas tareas del campo. Abandono no, pero sí silencio: eran los juegos y gritos de los niños lo que fue esfumándose hasta desaparecer. Durante el último curso habían asistido a la escuela solamente siete alumnos, que al año siguiente ya no volverían, unos llamados a continuar arrancando a la tierra sus frutos para mantener a sus mayores, otros a acompañarlos a la capital, a buscar aire nuevo que al parecer en el pueblo ya no respiraban.

A don Cucufate, el maestro, le llegó el aviso de jubilación anticipada en forma de ultimátum: si su escuela dejaba de recibir alumnos, tendría que abandonar la docencia activa. El golpe fue muy duro, después de cuarenta años enseñando a varias generaciones a leer, escribir, sumar y restar. Había hecho muchos planes para su retiro: ordenar su biblioteca, ampliar su huerta, novelar su “Diario de un maestro”, y muchas otras actividades aparentemente sencillas que la voluntad y la ilusión convierten en sublimes. Por eso no era miedo al ocio o a entrar en la tercera edad lo que suponía aquel aviso. Era que su mente no estaba preparada para recibir la jubilación tres años antes de lo previsto, y mucho menos por un motivo tan triste como el éxodo de las aulas.

Durante el último verano don Cucufate cambió como del día a la noche, y a ningún vecino de Los Arroyos, ni siquiera a algunos de la especie canina, les pasó desapercibida la metamorfosis, como tampoco les pasó desapercibida, por vox populi, la causa que la provocó. El otrora altivo profesor, recto de espaldas y de ética, perfecto equilibrio entre cultura y campechanía, entre soledad de vida retirada y compañía de tertulias de café, que amaba a sus alumnos hasta la paciencia infinita y hasta separar en clase los chicos de las chicas para evitar distracciones propias de púberes, querida su alma por todos sus paisanos y respetadas sus canas y sus consejos como si del mismísimo Papa se tratase, aparecía ahora encorvado, pero no al estilo de cuando se cruzaba ante una dama o un clérigo, sino meditabundo, triste, como buscando alguna pertenencia que él suponía por los suelos y cuyo rastro no acertaba a encontrar. Aquella campechanía se tornó silencio, la tertulia silla vacía, el respeto devino lástima, y el cariño de sus conciudadanos fue dando paso a la impotencia

y al contagio por un estado de ánimo melancólico y desaliñado, como últimamente se dejaba ver su testa plateada.

No quedaban niños, no quedaba escuela, no quedaba maestro. La ecuación era tan sencilla como cruel, y su solución tan difícil como enseñar a leer a los perros.

El primer lunes de septiembre, decía la tradición, era la fecha de inicio de curso. Tras la tempestad llegó la calma, y a la tormenta estival de los dos últimos días siguió un sol radiante que, curioso o solidario, quiso acompañar a don Cucufate en su despedida, al igual que el inspector del Ministerio de Educación, quien debía acudir a las diez para confirmar que, efectivamente, no existía ya alumnado, con lo que daría por cerrada aquella escuela y firmaría la jubilación del maestro.

Don Cucufate se levantó de la cama apesadumbrado, viendo tinieblas donde había claridad y casi maldiciendo al sol por iluminar un día tan triste. Después de lavarse y desayunar, casi a la fuerza, y tal y como había venido realizando sin falta los últimos cuarenta años, salió de casa a las nueve menos cuarto para dirigirse a la escuela. No era un viaje de esperanza ante la evidente ausencia de griterío infantil, sino un viaje sin retorno de despedida a sus aulas, sus pupitres, su pizarra y hasta sus libros de enseñanza, que había decidido dejar allí, acompañados de polvo y silencio, pues aquel era, según su acertado criterio, el cementerio donde merecían eterno descanso.

En la calle escuchó y vio los mismos sonidos y las mismas imágenes que de costumbre, ya desde un ángulo encorvado hasta casi necesitar un bastón. Durante el verano, afortunadamente, se había ido acostumbrando a la terrible ausencia de los niños corriendo hacia la escuela para llegar antes que el maestro, so pena de un recreo bajo techo. Esa costumbre hizo más llevadero un trayecto que, no obstante, le pareció eterno, como imaginaba sus horas a partir de entonces. Al doblar la esquina de la calle que daba a la plaza, y desde la que se divisaba la escuela en el otro extremo, no pudo evitar detenerse. Por primera vez en muchos años necesitó un esfuerzo para observarla, de tan triste y cabizbajo que ahora resultaba su caminar. Al alzar lentamente la mirada tampoco la vio nítida, impedido por el deslumbrante sol, a pesar de la hora matutina, y por un líquido salado que, inoportuno, humedeció sus ojos y se quedó allí.

Entonces se aliaron algunas circunstancias para que su corazón cansado recuperase de golpe el vigor de su antiguo latir. La sombra de una nube pasajera cayó sobre el pueblo como una cortina, y las formas de las casas y la fuente recuperaron sus siluetas desdibujadas por el sol, al tiempo que una leve ráfaga de viento barrió de un soplo ese líquido salado aparcado en los ojos de don Cucufate, quien, paradójicamente, en aquel ambiente de sombra vio de repente la luz.

Esa luz era una cola de gente en la puerta de la escuela, ataviados de bastones y cuadernos de lectura, de cestas con almuerzos, boinas y lutos perennes. Los quince ancianos que habitaban en Los Arroyos, nueve mujeres y seis hombres casi centenarios, habían decidido que aquella era su oportunidad de aprender a leer, de recuperar el tiempo perdido, de descubrir un mundo fascinante del que oían hablar a sus nietos y que ellos, cuando eran niños, tuvieron que cambiar por el hambre y el trabajo.

Don Cucufate resucitó. Un resorte oculto que tiene la Felicidad le devolvió su posición erguida, le alzó el mentón hasta crecer un palmo, estiró la comisura de sus labios hasta arrancarle una leve sonrisa y le empujó, con paso firme, hacia la escuela, no fuera a llegar tarde y comenzara dando un mal ejemplo ante sus nuevos alumnos. Al desaparecer el viento, cumplida su misión, el líquido salado regresó a sus ojos.

Pero no todo iba a salir bien, porque no sólo fue don Cucufate quien resucitó. La visión cercana del colegio, el tacto de cuadernos y lápices, la tensión de ir a clase y hacer los deberes, habían retrocedido a los ancianos a una infancia que ya ni recordaban, porque nunca la vivieron, pero que el instinto nunca olvida y que los llevó a comportarse como niños. Y llegó lo peor. Dionisio, genio y figura, dio un soberbio pellizco en el trasero de Dolores, que en la cola se lo había puesto a tiro, y aún tuvo el descaro de disimular, mirando a las nubes e intentando silbar entre sus cuatro dientes.

La escena no pasó desapercibida a don Cucufate. La sonrisa desapareció súbitamente de su rostro, y frunció el entrecejo igual que lo hacía cuando descubría a alguien copiando en un examen. Aceleró el paso y, recuperando aquello que perdió y que anduvo buscando varios meses, inauguró el nuevo curso con la frase que en él era habitual:

-¡Voy a tener que separar a los chicos de las chicas, si no, esto será un desmadre!